

blos. El Imperio autoritario estaba muerto y con él moría todo el Imperio; porque el Imperio liberal no pasaba de una ridícula utopía que habían ideado cuatro oradores y que iban á destruir dos ó tres sargentos.

El Imperio dictatorial renovó á París; pactó los tratados de comercio, que dieran, á despecho de los rutinarios proteccionistas, vuelo á la industria y riqueza inmensa á la Francia; congregó las grandes exposiciones universales que parecían consagrar el reinado del trabajo y el advenimiento de la paz; pero condenado por su propia naturaleza á la esterilidad para el bien y á la fecundidad para el mal, incompatible con una sociedad madura y con un siglo progresivo, cayó desde la guerra de Italia, guerra emancipadora y santa, en la guerra de Méjico, maniobra de estafadores y de farsantes; perdiendo así la compensación de la gloria exterior que durante algún tiempo contrastara los resultados del despotismo; y sin poder curar el eclipse de las inteligencias, la corrupción de los caracteres, la idolatría de la fuerza, la decaden-

cia de las artes, el lujo desenfrenado de las familias, la sed inextinguible de goce materiales, la infame garrulería de la prensa oficiosa, la insolente dictadura de las legiones de cortesanos y de las legiones de mercenarios á sueldo, los crímenes de la familia de los Césares que recordaban los días más tristes del Imperio romano, la perversión universal.

La libertad, hija de Dios, no podía ser manceba de César. Así es, que mientras los cándidos doctrinarios teorizaban sobre el origen de los poderes públicos y el ejercicio de la soberanía y la organización de los parlamentos y la influencia de las democracias; el César, asustado de las corrientes de ideas y del oleaje de pasiones, en que zozobraba su trono, aperebíase á recabar nuevamente su dictadura; y tramaba un plebiscito para sostener en torno suyo la fuerza de la plebe, y una guerra para alimentar de carne humana á sus voraces pretorianos; porque el Imperio solo podía dar de sí, no la libertad y el derecho, sino la deshonra y la muerte.

CAPITULO X.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN LOS PUEBLOS LATINOS.

La unidad en la variedad es ley del arte y de la ciencia; de la naturaleza y de la sociedad. Bajo el principio invariable de la unidad humana coexisten razas diversas, cuyas diferencias se extienden así á sus caracteres fisiológicos como á sus conceptos de las ideas y de las cosas. En el mundo antiguo dos razas principales tejen toda la trama de nuestra vida; los arios y los semitas. Profetas y sacerdotes los unos, héroes y legisladores los otros; inmóviles y uniformes como sus desiertos los unos, varios y multiformes los otros como las hojas de sus sagrados bosques y como las ondas de sus risueños mares; padres los unos de nuestra teología y de nuestra moral, padres los otros de nuestro derecho y de nuestras artes; preparan, separados por cordilleras infranqueables y por ódios eternos, la idea de Dios en sus templos y en sus santuarios, la idea del hombre en sus talleres, en sus agoras, en sus foros; y estas dos ideas, aislada cada cual en una raza, se buscan, se juntan, se identifican á los comienzos de la historia moderna, para componer la esencia

de nuestra civilización, de la civilización cristiana, como se juntan el oxígeno y el carbónico para componer la esencia de nuestra atmósfera.

Pueblos arios son los pueblos europeos en su mayor parte, pueblos nacidos en las selvas de la India, criados á las orillas del Ganges, que huracanes misteriosos, catástrofes desconocidas, instintos interiores, milagrosas vocaciones, el hierro de la guerra, las exigencias del comercio han dilatado luego por las riberas del Rin y por las riberas del Tíber, por las costas del mar Mediterráneo y por las costas de los mares del Norte, por el Danubio y por el Guadalquivir, allende y aquende el Pirineo, allende y aquende los Alpes, donde han dejado poblada la naturaleza de dioses paganos, varios, diversos, en oposición abierta con el dios único de los semitas, dioses, que forman un reguero de ideas en la historia tan luminoso y tan bello como el reguero de mundos formado por la Vía Láctea en la inmensidad del espacio. Y esta familia aria ha constituido en Europa cuatro familias principales

de pueblos, cuatro razas; la raza eslava, la raza germánica, la raza sajona, la raza heleno-latina, á que nosotros nos gloriamos de pertenecer y á que pertenecen los cinco pueblos más antiguos y más importantes de la historia europea, los griegos, los italianos, los franceses, los españoles y los portugueses, que no contentos con haber hecho de las orillas mediterráneas el templo de los dioses, la escuela de los artistas, el nido de los poetas, la academia de los filósofos, se han derramado en las portuguesas naves por las costas del Asia, por el mundo de lo pasado, y han vuelto á juntarlo á la historia, y en las naves andaluzas por el mundo de lo porvenir, por las costas de América, y han completado y perfeccionado el planeta, como para demostrar, uniendo en estrecho lazo la naturaleza y el espíritu, que nuestra raza es la más universal, la más humanitaria entre todas las razas de la tierra.

Muchas objeciones se oponen á esta idea de una base fundamental de los pueblos heleno-latinos, de un carácter común que los una y los identifique. Vosotros, los españoles, se dice vulgarmente, poco teneis de latinos. El celta y el ibero forman como el granito de vuestra población; los celtíberos, compuestos de las dos razas indicadas por su nombre, ocupan el centro de vuestra península; al Norte, jamás el cántabro se sometió enteramente al yugo romano, y todavía el vasco habla tosca lengua, cuyo origen se pierde en las edades prehistóricas; el astur conserva la palidez primitiva que le descubrió y le señaló Estrabon, mientras el lusitano se gloria de haber engendrado á Viriato, célebre, inmortal por sus combates con las gentes del Lacio; vuestras ciudades más bellas del Mediodía llevan aun nombres fenicios, como Cádiz, Málaga, Córdoba, Calpe; el puerto de Cartagena, como el pueblo de Barcelona, revelan su prosapia púnica y cartaginesa; la guirnalda de colonias griegas que se llaman hoy Rosas, Sagunto, Denia, Ibiza;

los grandes municipios romanos sobrepuestos á tantas innovaciones, han desaparecido casi bajo la inundacion de los bárbaros; el visigodo funda un imperio en Toledo, el vándalo se extiende por Andalucía y por Africa, el suevo se posesiona de Galicia; y cuando parecia que sólo quedaban frente á frente el español formado por las grandes revoluciones de la historia antigua, y el nuevo español venido de las orillas del Danubio y del Rhin, los cuales viven tres siglos uno al lado del otro sin confundirse; ábrense las puertas del Estrecho y dejan paso á los árabes de Bagdad y de Damasco, á las tribus de Tánger y de Túnez; y luego á los almoravides, á los almohades, á los beni-merines, del desierto; del Atlas, cuyos descendientes negros aun se encuentran hoy en el condado de Niebla; inmensa superposición de razas entre cuyos huesos, sobrepuestos como los varios terrenos geológicos, desaparece por completo cuanto haya podido daros de su alma y de su sangre una ciudad como la antigua Roma.

Y lo que se dice de los españoles dícese de los franceses. Bajo el celta, bajo el guerrero de rápidos piés, de jovial humor, vano hasta imaginar que sostiene el cielo con su lanza, y hasta buscar la guerra de los mares con su espada; orador inagotable, en cuyas asambleas los interruptores abundan, segun nos cuenta Eliano; menospreciador de la vida hasta venderla y sacrificarla por un vaso de vino, segun nos dice Posidonio: bajo el modesto ibero, agricultor, adserito á la tierra, aislado en sus montañas, limitadísimo en sus ambiciones y solo apto á la resistencia: bajo los sociables y comunicativos galos y los aislados y ceñudos vascones; despues de haber venido los soldados del Hércules de Tiro, cuyas piedras sacras, arrojadas en su defensa por Júpiter, todavía cubren las llanuras de Provenza, y los Cimmericos, cuyos altares druidicos todavía se elevan á las orillas del Loira; entre los alobrogos de los Alpes y los guerreros de Auvernia, con sus tribus semejantes á las tribus de Escocia;

tras las invasiones de los cimbrios y de las hordas teutónicas; tras el establecimiento de los godos en la Aquitania, de los burgundos al Oeste del Jura; tras las correrías y las irrupciones de Atila y de sus hunnos; cuando los francos vienen á las Gálias llamados en su angustia por el clero de Roma, y los lombardos siguen á Carlo-Magno victorioso, y los normandos, los piratas de los mares del Norte, conducidos en barcas de cuero oscuras como las nieblas y vomitados como extraños monstruos por las olas tormentosas y la tempestad sobre las playas, aparecen despues que Carlo-Magno ha muerto; poco, muy poco puede quedar de la gente helénica y de la gente latina en el suelo y en las poblaciones de Francia.

En Italia misma, añaden los contradictores de la existencia de una raza latina, en Italia misma no busqueis la pura gente del Lacio; no la busqueis allí donde se han sucedido iberos y ligures, y celtas, y cimbrios, y pelasgos, y etruscos, y galos tanto cisalpinos como trasalpinos, y samnitas, y cartagineses, y teutones, y los visigodos de Alarico, y los ostrogodos de Odoacro, y los vándalos de Genserico, y los lombardos de Rothario, y los francos de Carlo-Magno, y los alemanes de Federico Barba-roja, y los aragoneses de Pedro III, y los franceses de Carlos de Anjou, y los árabes de Sicilia, y los imperiales de Carlos V, y tantas razas diversas como han ido á buscar un rayo de luz en su cielo, un rayo de inspiracion en sus artes, un rayo de inmortalidad en su historia. Y lo mismo le sucede á Grecia. Los asiáticos la cercan por do quier, y mezclan la sangre de los déspotas con la sangre de los tribunos. Alejandro esperece sus miembros disyectos por los Imperios de Oriente. Los bárbaros tropiezan primero con su cadáver que con el cadáver inmenso del Imperio romano. Los tiranos se llevan sus mujeres á los serrillos, sus varones á los mercados de esclavos, y por espacio de cuatro siglos los turcos la dominan por

completo hasta convertirla en una especie de familia oriental, en cuyas manos jamás reaparecerá el cincel de Fidias y en cuya frente jamás brillará la luz de Platon, familia ilustre, olvidada de sus antiguas artes y de su gloriosa historia.

Pero estas observaciones, en vez de probar cosa alguna contra la identidad fundamental de los pueblos latinos, la confirman y la corroboran. Todos ellos provienen de dos razas aborígenes, de los celtas y de los iberos; todos han visto, casi á un mismo tiempo, á los griegos extenderse por Sicilia y Nápoles, por Marsella y Niza, por Ampurias y Denia. Las naves fenicias han desembarcado sus Hércules audaces en las costas de Provenza y en el peñon de Calpe; los guerreros cartagineses han pasado por los Pirineos y por los Alpes. La civilizacion romana ha tenido colonias y municipios en las cuatro naciones y les ha dado sus leyes, y ha recibido de todas ellas algun genio extraordinario que engarzar en su corona. El Imperio nos ha unido en su espíritu universal, nos ha uniformado en sus códigos civiles, y ha concedido el derecho de ciudadanía á todos nosotros, franceses, italianos, españoles, portugueses; y ha sentado á nuestros representantes en el Senado romano. La formacion de las nacionalidades se dibuja durante el siglo cuarto en todas las naciones latinas, como si llevaran el mismo ideal en la mente y la misma sangre en las venas. Los pueblos bárbaros vienen del Norte á romper los lazos que nos unian á Roma; á esparcir rica variedad en el seno de aquella unidad que se iba quedando como vacía; á despertar la conciencia y el sentimiento de la individualidad interior en el hombre antiguo sobradamente adherido al Estado. Y en las cuatro naciones luchan los Imperios arrianos con los Imperios católicos, y en las cuatro la Iglesia bautiza á los idólatras, dispuestos á cambiar de ídolos. Carlo-Magno escribe un pacto con el Pontificado sobre el cual se levanta la política europea; y la ciencia de Córdoba y de Sevilla

se extiende por las riberas del Mediterráneo y llega hasta animar la teología católica. Las municipalidades florecen al par en las cuatro naciones; y al par se funda y se quebranta el feudalismo. La filosofía aristotélica propagada en Andalucía sube al trono de Roma. Las inspiraciones de la bella Provenza despiertan á Italia; y los maestros mosaístas de Constantinopla ornán á Venecia, á Pisa, y enseñan las primeras nociones del dibujo á los pintores italianos que á su vez las transmiten á los demás pueblos latinos. El Renacimiento, derramando el alma de la antigüedad en nuestra alma, y devolviéndonos las antiguas formas perdidas en nuestras austeras penitencias de la Edad Media, vuelve á unir á los neo-latinos en los cielos del arte, á la manera que antes el catolicismo los había reunido en los cielos de la religion. Sí; cuando más separados parecen estos pueblos, una misma idea los anima, una misma vocacion los llama, como coros que sin verse entre sí, llegaran á juntar sus voces en una armonía superior allá en las altas regiones de la atmósfera.

Y la prueba más evidente de la union de nuestras inteligencias está en la analogía de nuestras lenguas, en la analogía del griego y el latín, en la analogía del italiano, el español, el portugués, el francés. Nada tan espontáneo y tan social como el habla. Los conquistadores, los Césares han podido fundar naciones; pero no han podido fundar lenguajes. La palabra, esta ténue y expresiva forma de las ideas, nace del contacto de las almas, de la efusion de los corazones, del instinto y de la vocacion social que nos lleva á relacionarnos con nuestros semejantes. No se han hallado, pues, todavía ni los creadores ni los legisladores del lenguaje. Una sociedad entera lo crea y lo conserva. Max Muller cuenta ciertas anécdotas que prueban esta verdad inconcusa. Departía Tiberio con dos gramáticos, llamados Marcelo el uno, Capiton el otro; y se equivocó en cierta palabra. Marcelo se atrevió á corregirle, atrevimiento que pudo traer-

le la muerte, y Capiton, ó más cobarde, ó más adulator, dijo «que la palabra mal empleada por el César, ó era latina, ó lo sería despues de haberla el César empleado.» «Capiton miente, replicó airado Marcelo, porque tú, César, tienes el poder de dar derecho de ciudadanía á los hombres, más no á los verbos.» Presidia las sesiones del Concilio de Constanza el Emperador Segismundo y en una de sus arengas latinas dió á la palabra cisma (Schisma) género femenino.—«Señor, exclamó un padre conciliar: cisma es neutro.» Cortó el hilo de su discurso Segismundo, y encarándose con el interruptor le preguntó: «¿Quién te lo ha dicho?» «Alejandro Galo.» «¿Y quién es ese Alejandro Galo?» «Un fraile.» «Pues yo soy Emperador de Roma y creo que mi palabra vale tanto como la palabra de un fraile.» Pues no valió tanto en verdad, porque sin razon filosófica que lo abonase, por el consentimiento universal, por el uso diario, cisma continuó siendo neutro. Y es porque la palabra nace espontáneamente en la sociedad como la vegetacion en el planeta. Podrá el cultivo mejorarla; pero su origen, su formacion misteriosa provendrá de las grandes corrientes sociales, que cambian el destino de los pueblos, y que ninguna clase ni individuo tiene en sus manos como no tiene las corrientes eléctricas y magnéticas del globo.

La palabra, sonido articulado, tan leve como el aire que lo recibe y lo trasmite; de alas más ligeras que las brillantes alas de los pintados insectos; de formas casi vagas; la palabra es la luz que un alma envia á otra alma; es el verbo divino en que se contiene el ideal; es la revelacion de la naturaleza y del espíritu, y por eso, desde los pueblos asentados en los últimos confines del mundo, nacidos en la alborada de la historia, que han visto amanecer el dia primero de la ciencia, hasta nuestros pueblos reflexivos y maduros, todos han confundido la palabra humana con Dios, y la han elevado á creador-

ra del Universo, y la han hecho principio y fin de todas las cosas, Verbo, aire que llena lo infinito, éther que anima de calor y vida los espacios, esencia incomunicable de toda religion. Y no hay nada que pruebe la unidad de origen y de destino en la tierra, como la analogía entre las lenguas, que á una repiten las ideas y reflejan la naturaleza. Y puede decirse que si los cuatro pueblos neo-latinos no hablan la misma lengua, porque hasta en una sola nacion hay dialectos, más de veinte en Italia, muchos en la uniforme Francia, hablan lenguas fundamentalmente idénticas; el romance que se formó despues de la caída del Imperio romano, cuando se apercibia el espíritu moderno á formar la rica variedad de las diversas nacionalidades. Y si esto es verdad, si hay estrecho parentesco entre nuestros cuatro idiomas, es porque hay más estrecho parentesco todavía entre nuestras cuatro naciones; porque hay identidad de origen, identidad de aptitudes, identidad de destinos, un principio comun allá en la historia, un fin comun allá en lo porvenir.

Muchas hipótesis se han divulgado sobre el origen del romance, es decir, de las lenguas neo-latinas. Unos las derivan de la corrupcion del antiguo lenguaje, otros del habla rústica usada durante la República y el Imperio por el bajo pueblo de las aldeas y de los campos; estos las atribuyen á extraña mezcla del romano y el gótico; aquellos á otra mezcla del provenzal y el romano. San Isidoro de Sevilla dice, que al dar Caracalla derecho de ciudadanía á todos los hombres, transformó á Roma, y con la inyeccion de nueva sangre y de nuevas ideas, adulteró lo mismo sus costumbres que sus palabras. Bruno d'Arezzo encuentra desde los tiempos más remotos en las muchedumbres provinciales adscritas á la Ciudad Eterna, un dialecto semejante al italiano hoy corriente. Thesaurus sostiene que de los pueblos godos y los pueblos latinos se formó un solo pueblo bajo el cetro de Teodorico, y que de latinizar

las palabras bárbaras y barbarizar las latinas una sola lengua. Raynouard, aprovechando los estudios de Ducange, buscó en el dialecto provenzal ó romano la base de todas las lenguas usadas por los pueblos neo-latinos. Brisce-Whgte creyó encontrarla en otra lengua madre, anterior á las edades históricas, y conservada en el Mediodía y en el Occidente de Europa á través de todas las revoluciones y de la continua irrupcion de razas varias. Diaz, en su clásica gramática, análisis concienzudo de los diversos elementos aportados á las lenguas romanas por las otras lenguas, encuentra como una grande veta de la base rústico-latina en el libro escrito por Verro Flaco sobre la significacion de las palabras y conservado en los extractos de Pablo el Diácono. Pero todas estas hipótesis, si dan origen diverso á nuestras diversas lenguas, confirman que son una lengua fundamentalmente, el español, el francés, el italiano, el portugués, y los dos dialectos románicos hablados al pié de los Alpes por los grisonos de Suiza y á las orillas del Danubio por las poblaciones de Rumania. No tratamos de examinar ahora tan raros pareceres, pero sí de decir que las lenguas neo-latinas son idénticas así por su estructura como por el tiempo en que nacieron y se divulgaron en las sociedades modernas. Todas ellas tienen analogía semejante y parecidísima sintaxis; todas pasaron al par de lenguas declinables que eran á lenguas indeclinables; todas perdieron la bellísima pasiva romana y la reemplazaron por los verbos auxiliares; todas recibieron como un aluvion en su base heleno-latina el tributo, el contingente de palabras aportadas por las diversas razas que hollaran su tierra y que contribuyeran á la formacion misteriosa de su espíritu. Y fuese por haber existido un lenguaje anterior al clásico lenguaje romano, ó por haberse corrompido este al punto de formar otro idioma, lo importante, lo esencial es asegurar que las lenguas neo-latinas son